



D.L. 5-3-63-10

ISSN 2219-0376



Gabriel García Márquez • Juan Calzadilla • Tambor Vargas • Huáscar Cajías • Javier Torres-Goitia
Adrián Desiderato • Biyú Suárez • Amadeo Castro • Gabriel Salinas

LA PATRIA

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXI n° 536 Oruro, domingo 8 de diciembre de 2013





Los bien aventurados. Pastel sobre cartón, 20 x 20 cm
Erasmus Zurzuela

La poesía

Todos los años, después de la ceremonia de entrega del Premio Nobel, cada galardonado ofrece un brindis durante la cena oficial. El 10 de diciembre de 1982 Gabriel García Márquez aprovechó la ocasión para hacer el elogio de la poesía, "esa energía secreta de la vida cotidiana, que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor y repite las imágenes en los espejos". Concluyó de este modo: "En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra, el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte. El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consoladora evidencia de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía".

Acerca del cero que comienza y donde usted ya no me oye



Imagínese a un sujeto que continuara sin tener nombre propio después de haber cumplido medio siglo de edad. Casi todo lo que podría decirsele, para llamarlo, no pasará de esto: Shhhhhhh. O también: Epa, hombre. O, con un poco de indulgencia: Eh, señor. Piénsese como a ese personaje anodino y comprenderá lo que he estado tratando de explicarle, con palabras y señas, desde aquí. O sea, todo lo que le diría en otra forma, más explícita, si Ud. me diera tiempo o si yo pudiese escribirlo en el caso de que realmente dispusiera de un lápiz y un cuaderno, y no me faltara, como me falta, el convencimiento de que tendría fuerzas para hacerlo. O lo que es lo mismo: que yo fuera la propiedad personal de un lápiz y un cuaderno, en cuyo caso sólo necesitaría recibir una orden para comenzar a escribir lo que deseo decirle. En ausencia de lo cual ya Ud. sabe lo que hago: hablar y hablar. Aunque también eso carezca en sí mismo de sentido o justificación. Puesto que, bien porque (como sospecho) no me salen las palabras; o bien porque (como casi estoy seguro) Ud. ya se ha ido, no sé quién pueda tomarse el trabajo de oírme. Sería como escuchar a una careta que sólo fuese capaz de abrir los labios y que, en vez de emitir alguna clase de ruido, escupiera. Usted no me oye; arrastro las palabras; éstas caen al suelo como excremento o cosa parecida. Se cumple la ley del mínimo esfuerzo, porque en realidad ellas (las palabras) no siguen una trayectoria recta, ni siquiera elíptica, como sucede cuando alguien, acorde con su naturaleza, habla fuertemente y dice: "Ey, fulano", y todo el mundo alrededor sabe a qué se refiere con sólo adivinar el dibujo y el volumen de las palabras, saludables como el grito mismo que las arroja hacia adelante, sin miedo. En cambio, si soy yo quien habla, o intenta hacerlo, las palabras se atropellan y, sin llegar a su destino, comienzan a caer babeantes, con alas quebradas, por así decirlo. Tras describir una breve curva de bala fría, caen a no más de dos metros de donde me hallo gritando. Eso es lo que calculo, dos metros. Porque más allá las palabras continúan siendo invisibles. De modo que aunque Ud. estuviera allí, parado junto a la puerta, a no más de dos metros y medio de distancia, con toda seguridad, le juro, no oíría mis gritos. Además, Ud. se ha marchado, ya no puede oírme, no tiene necesidad de ello. Me cortó la palabra y me dejó cuando yo tan sólo pronunciaba muy confiado, una "y" griega que debería unir la frase dicha con la que vendría después. Pero supongo que aunque Ud. hubiera estado con la oreja dirigida hacia mí, como quien presta atención, no me hubiese oído, pues en realidad sus ojos andaban por el techo y su voluntad estaba baldada como una campana cubierta con un pedazo de hule negro. Yo, naturalmente, seguí hablando con la misma calma chicha y casi igual rapidez. Primero, mientras usted me oía sin escucharme o me escuchaba sin oírme. Después, cuando ya no podía oírme porque, sin pensarlo dos veces, se había marchado dejándome con la palabra en la boca. Y nada, por lo tanto, me respondía en usted, en su persona o en el hueco sin resonancia dejado en lugar suyo por Ud., y el cual yo creía, en vano, estar llenando (como el que echa ceros en un saco roto) con mis palabras precipitadas, con mis palabras...

Juan Calzadilla, Venezuela, 1931.
Premio Nacional de Literatura



el duende

director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zurzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriainlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Desde mi rincón

Del animalismo de hoy

TAMBOR VARGAS

Primera de dos partes

Como parece que no podíamos esperar otra cosa, también por las alturas andinas se ha instalado un falso debate sobre los 'derechos' de los animales; en puridad de verdad se trata sólo de 'la voz de su amo': la transmisión de premisas y argumentaciones sonsecadas de otras latitudes donde se han cocinado este tipo de temas.

Sea como fuere, aunque inducida, estamos ante una oleada de moda. Y vale la pena revisar algunas de las tesis que se enarbolan. Desde el comienzo habrá que dejar en claro que por lo general estos temas suelen quedar restringidos a los animales domésticos, a los que desde hace cierto tiempo todo el mundo da el nombre de 'mascotas' (palabra más antigua, derivada del francés, pero que se entendía en un sentido mucho más restringido (aunque, paradójicamente, podía incluir también hombres y seres inanimados): "*Persona, animal o cosa que sirve de talismán, que trae buena suerte*", dice la acepción fundamental del diccionario académico.

Podemos empezar por una tesis peregrina: la que habla y defiende los 'derechos' de los animales. Tomada tan peregrina afirmación con la cabeza fría, se nos presenta o como un chiste o como una muestra apodéctica de la decadencia generalizada en materia intelectual. Porque desde hace milenios los 'derechos' sólo podían tener al hombre por sujeto; como que eran expresión y consecuencia necesaria de su intransferible dignidad; hablar seriamente de los derechos animales es como disertar sobre la vida de las piedras; o sobre la inteligencia de una palmera. Puros desatinos. O dicho en otras palabras: puras afirmaciones gratuitas y caprichosas, que no podrían alcanzar circulación social mientras no quedaran establecidas con asentimiento general.

Estoy hablando, claro está, de la civilización occidental evolucionada a través de los siglos; y por tanto, dejo de lado todos los pan-teísmos, todos los pan-animismos, todos los pan-personalismos que puedan tener curso en otras tradiciones. Y si hay quien se haya propuesto 'convertirnos' a alguna de tales expresiones culturales, primero tendría que tratar de convencernos, en lugar de salir al ruedo 'dando por supuesto' que todos estamos de acuerdo con su sermón o que nos deja absolutamente indiferentes pensar y afirmar una cosa que otra.

Las doctrinas filosóficas y jurídicas que subyacen a nuestro humanismo han afirmado que los 'derechos' y 'deberes' sólo pueden tener asiento en un ser responsable de sus actos, lo que -a su vez- implica la posesión y dominio de las facultades racionales. Y éstas tampoco pueden funcionar en un ser carente de alma espiritual. Condiciones que en ningún caso se cumplen en los seres extrahumanos.

Hace pocos meses un articulista cochabambino creía defender su animalismo desafiando con esta pregunta:

"¿Se debería hacer lo mismo con, por ejemplo, miles de personas humanas con discapacidad intelectual y mental no-derada y grave que emiten sólo alaridos?, ¿hay que encerrarlas para que no causen daño a terceros, primero, y luego eliminarlas si nadie más se hace cargo de ellas?"

A quien tenga esta forma de argumentar hay que replicarle: ni la persona más discapacitada pierde un ápice de su



dignidad personal, ni el animal más 'inteligente' y 'amado' añade un ápice a su condición animal. Porque la dignidad (y los derechos que se derivan de ella) no es resultado de simpatías o antipatías, sino de su ser real. Y a quienes se atreven a enarbolar el comodín de la 'discriminación', hagámosles recordar que "*sólo existe discriminación allí donde es tratado como diferente lo que es igual en dignidad*". Y pensar que para ciertos animalistas quien defiende prioritariamente al hombre sobre el animal ¡pertenece a la desastrosa categoría de los 'fundamentalistas'!

A este respecto y a tales malentendidos, vale la pena hacer mención de una circunstancia que, en mi caso, me abrió los ojos sobre las gravísimas consecuencias de la actual pretendida 'humanización' de algunos animales.

Me refiero a una práctica bastante extendida (también en nuestro medio), de poner nombres humanos a los animales mascotas. Ante el primer caso lo creí un caso de extravío o

mal gusto; con el tiempo he podido comprobar que no se trata de raros casos aislados, sino de una de las formas (seguramente aprendida de alguno de los medios de comunicación, importada e imitada), no ya solamente de expresar la pseudohumanización de los animales, sino de contrabandear una dignidad absolutamente chuta.

Hay quienes, hace cierto tiempo, practicaban una especie de venganza o justicia histórica contra ciertas figuras públicas odiadas (por diversas causas) dando a sus perros; en la actualidad persiste la práctica, pero predominan los nombres de santos católicos ('Tuquita', 'Jorge', 'Jacqueline', 'Evo'...).

¿No estamos ante una moda decepcionante? Porque si el bautizo de animales ha de significar algo, ¿cuál puede ser el significado de que a los animales se les den nombre de persona? ¿O será que, en la era de la banalidad, también se ha banalizado la razón de ser del nombre dado a los animales?

Continuará

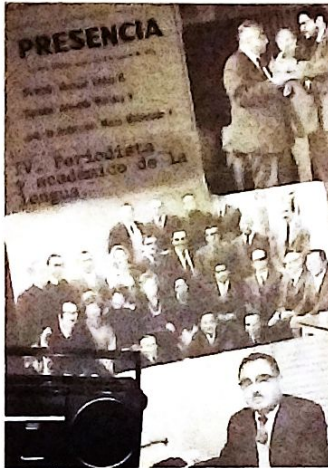




“Páginas escogidas” de Huáscar Cajías

Verdad y libertad

Huáscar Cajías Kauffmann



El pasado 20 de noviembre se presentó “Páginas Escogidas” del filósofo, periodista, criminólogo y servidor público Huáscar Cajías Kauffmann en el auditorio de la Casa Marcelo Quiroga Santa Cruz. El libro es el primer tomo que preparan sus hijos y nietos con textos escritos por el polifacético Cajías para revistas especializadas o para cursos y seminarios locales como internacionales.

Cajías es autor de los clásicos textos de criminología y de penología, pero sus miles de editoriales publicados durante tres décadas en el inatuito católico “Presencia” y sus innumerables escritos para conferencias se encuentran sólo en bibliotecas.

La Fundación Cultural Huáscar Cajías K, presidida por el historiador Fernando Cajías de la Vega, se propuso recopilar y editar esas páginas que revelan a un sabio, con un profundo pensamiento católico y aristotélico, un profesional honesto y un ser humano pleno de conocimientos para dar consejos y guías a las nuevas generaciones.

El acio contó con la participación del abogado y ex presidente de la Corte Suprema de Justicia Armando Villafuerte, el ex director de “Presencia” Armando Mariaca y autoridades de la Facultad de Humanidades de la Universidad Mayor de San Andrés, donde Cajías enseñó por medio siglo. Huáscar Cajías Kauffmann nació en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, el 7 de julio de 1921 y murió en La Paz, el 2 de octubre de 1996. Terminó sus estudios secundarios en Buenos Aires, Argentina, y estudió Derecho Y Filosofía y Letras en universidades bolivianas. Permanentemente amplió sus conocimientos en Europa, Estados Unidos y América Latina. Fue profesor universitario por más de tres décadas y autor de textos clásicos sobre Criminología y Derecho Penal. Dirigió el periódico católico Presencia por 40 años, colocándolo en la lista de los más prestigiosos diarios del continente. Fue diplomático. Presidió la Corte Electoral, apodada de “los notables” durante su gestión.

En otras palabras, pese a las influencias ideológicas y por sobre ellas, los medios de comunicación pueden y deben buscar y transmitir la verdad. De ahí derivan algunas obligaciones para quienes trabajan en los medios de comunicación social.

Ante todo, hay que partir de la fundada convicción de que si bien la verdad completa está lejos, podemos acercarnos a ella y estamos en el deber de intentar esa tarea. La objetividad completa es inalcanzable, pero es deber del periodista tratar de liberarse de cuanto puede dificultarle acercarse a ese ideal. Este amor por lo objetivo y lo verdadero es algo que es exigible a todos.

La objetividad implica necesariamente el dejar de lado toda influencia perturbadora de la capacidad de captar y transmitir la verdad, lo objetivo. No se trata solamente de eliminar toda deformación intencional, pues eso se supone. Más peligrosas, por lo insidiosas, por la facilidad con que pueden escapar al control de la conciencia, son las tentaciones derivadas del dinero, la posición social, los intereses personales o de grupo, el ansia de brillo y de alabanza, los odios, simpatías y antipatías, las ideologías, los prejuicios. Cuán probable es que, a través de complicados mecanismos psíquicos, llegemos a que esas trabas a la verdad se nos presenten como algo digno de respeto, hasta ser guías de conducta.

No buscaremos la verdad, por otro lado, si no tenemos conciencia real, efectiva de nuestra falibilidad que nos lleva al error. Sin esa conciencia, caeremos en el empecinamiento, en lo falso y negaremos algo que debe ser evidente para toda conciencia clara: que los demás, los que se nos oponen, tienen tantas posibilidades como nosotros de llegar a la verdad. No sólo hay que estar dispuesto a recibir críticas ajena, a autocriticarse y enmendarse sino también a admitir con alegría las verdades que otros han descubierto. El maniqueísmo impide tomar estas actitudes y suele ser consecuencia de las ideologías políticas y de afiliaciones de otro tipo.

Fluye de lo anterior que los medios de comunicación social tienen que abandonar la tendencia de algunas ideologías de considerar al pueblo como un conjunto de menores de edad que tienen que ser tutelados. Si esto se admite, los medios de comunicación transmitirán sólo lo que las ideologías han digerido antes y juzgan que, presuntamente, no es dañino al pueblo, a ese pueblo al que dice que anhelan proteger y salvar. Esta actitud puede explicarse sólo si se piensa que el pueblo no es capaz de crítica y que esta capacidad se halla monopolizada por los dirigentes. Son éstos, entonces, los llamados a pensar, decidir y actuar, el pueblo debe mantener una actitud pasiva. Esta es la actitud dictatorial que lleva a transmitir sólo lo que los de arriba juzgan que no dañará al pueblo. Si es necesario, la verdad será desnaturalizada y falsificada para adaptarla a los intereses y propósitos de las ideologías que se hallan detrás de los medios.

La única solución ante este peligro consiste en la libertad de expresión: que haya una libertad responsable para transmitir noticias, opiniones, diversiones. Que el pueblo vea reconocido su derecho a tener acceso incensurado a la verdad por desagradable que sea; pero, al mismo tiempo, que se le dé una educación que le permita usar responsablemente de su libertad de juicio. Sólo son admisibles las ideologías políticas que predicen y practican esta libertad y esta verdad. Por principio, son rechazables las ideologías que propugnan o alientan el monopolio informativo y formativo, aquellas que se creen



dueñas únicas de la verdad y por tanto, con derecho a impedir que los disidentes se expresen.

Aunque se diga lo contrario, esta posición implica ciertamente temor a la verdad, desconfianza en el ser humano, menospreciando por el pueblo y una vanidad infundada en quienes dirigen estas ideologías y las aplican. Verdad y libertad marchan juntas. Por eso, por el deber de llegar a la verdad a través de los medios de comunicación social, es imprescindible que éstos gocen de libertad; que todo el que desee pueda manifestarse a través de ellos.

Al fin y al cabo, tenemos que admitir la validez de un gran principio: Sólo la verdad nos hará libres.

I. Un hombre de fe y de principios





Gil Imaná y la luz de su alma

Discurso presentado durante la exposición del Artista Plástico Gil Imaná en el Círculo de la Unión y del homenaje que recibió de la Universidad San Francisco de Asís en septiembre y octubre pasado

Para unos el arte es una sutil manera de evadir la dura realidad y sumergirse en las fantasías de la imaginación. Para otros es desnudar la realidad y mirarla cara a cara.

Gil Imaná, desde muy niño, casi antes de aprender el manejo del lápiz para escribir ya miraba cara a cara su entorno vital y lo expresaba en imágenes. A los 6 años dibujó el retrato de su madre, su primera obra. Luego fue descubriendo con la mirada los miles de rostros angustiados de nuestro pueblo pobre. Captaba expresiones que llenaba de luz y les daba formas vivas.

Empezó pintando los ojos húmedos de niños tristes de enjutos cuerpos y manos grandes ávidas de esperanza, para continuar con la angustia y la soledad con rostro de mujer enflaquecida y azotada por el viento.

Su pasión por el arte se encarna en la propia realidad que le tocó vivir y a la cual él se integra con tanta pasión que la verdad grita irrefutable cuando él mismo confiesa: *"En mi adolescencia el dolor ajeno se hizo herida en mi pincel y la injusticia se volvió grito en mis dibujos"*

No sólo en su adolescencia, a lo largo de toda su vida entregada al arte, sus dibujos con parco colorido y rasgos firmes y seguros revelan ese dolor ajeno hecho propio y el sonoro grito de su pincel rebelde.

La belleza de las madres con robustos senos fecundos, abrazando a sus hijos con ternuras milenarias, o protegiéndolos del frío y la soledad con sus manos esqueléticas son el grito de su alma solidaria, inundada de amor y de esperanza.

Cuando encuentra a quien *"dar amor y recibe a cambio más amor"*, según sus propias palabras, el amor de su vida es también una artista. Juntos recorren pueblos y ciudades, salen del país y del continente y cuanto más bellos y variados son los paisajes que visitan y más gratas las amistades que les rodean, más vuelven los ojos al terruño. La majestuosa soledad del altiplano o los valles tiernos de la infancia son sus fuentes de inspiración y se reafirman en un arte genuinamente propio, nutrido de ancestros, formas y colores vividos por ellos mismos y desarrollan un estilo personal que no necesita imitar a nadie para ser grande.

Pero el tiempo pasa, cercena implacable y desconsiderado hasta lo más noble y poco a poco el Gil Imaná que llenaba de luz lo que veía empieza a perder la vista. La vista que fue para él, fuente de su vida, desaparece. El amor de su alma también se va. Fallece Inés y él queda solo. Completamente solo y a oscuras. Tiene que aprender de memoria las distancias de la puerta de su casa a la sala, al comedor a la cocina. Tiene que acomodar sus pasos para subir al dormitorio. Sus pequeños tesoros artesanales los acaricia con las manos pero no los ve. Reconoce sus cuadros por el lugar donde los colgaron con Inés, y por la serie de recuerdos que los acompañan. Casi más por cariño que por memoria.

Sin embargo el artista de cuerpo y alma no se rinde. Descubre que no siempre son los ojos los únicos que pueden ver. Tiene tanto gravado en la memoria y todavía más en el caldero de su imaginación, que nuevas luces guían sus delicadas manos para que una vez colocadas sobre el papel deslicen el carboncillo al tacto y reproduzcan figuras que su alma enamorada guarda en el recuerdo y otras que se crean dentro sus tinieblas. Emergen como sombras hechas luz, su Cristo lacerado, *"con mucho dolor y gran amor"*. Cristo que duele más que el que pintara años atrás, cuando todavía veía sus imágenes. Las parejas enamoradas que se juntan eróticas como el sol con las montañas. La mujer, la madre, como ánforas de amor con sus mensajes telúricos que él sigue interpretando con igual o mayor



fuerza, aunque ya no pueda distinguir sus formas.

Su concepción imaginativa es tanta y sus manos tan fieles intérpretes de su visión interior que siguen a su alma con la misma fidelidad que cuando eran guiadas por sus ojos. Al contemplar sus nuevos cuadros que él no puede ni podrá verlos nunca, no sabemos si valorar más su potencia imaginativa o su voluntad de seguir creando sueños y esperanza.

**Javier Torres Goitia T. Director de Salud
Universidad Andina Simón Bolívar**



Oficio peligroso

"La familia de los Boidos se componen de las boas, anacondas y pitones; éstos provienen de los lagartos, prueba de ello son las piñas o cornículos anales, que representan los últimos vestigios de las extremidades posteriores, que desaparecieron en el curso de la evolución", explicaba el profesor a los alumnos del último año universitario.

En la esquina de la plazuela Colón, medio centenar de curiosos observaban a Iris, la boa, que colgaba del cuello de una joven, que apenas podía sostener su peso. "El Encantador", así se hacía llamar el compañero de la joven, a unos metros de distancia, sostenía una gran canasta, tejida con palmas. Su voz se dejó escuchar: "Ven Iris, tu cesta te espéra".

¡Ven!. La boa siseaba, mostrando su lengua bifida al aire. Olfía y movía la nariz de arriba hacia abajo. Iris descendió su largo cuerpo con anillos pardos, rojos, amarillos y naranjas, rodeando como en una espiral, la figura de la asistente y amante de su dueño.

Ella, la joven que había nacido en el mismo día que la serpiente, no se inmutaba, estaba acostumbrada a estas lides.

cansada pensaba: ¿Dónde estarás hijo? ¿Por qué te llevaste a Iris?

Recordó que fue en Urubichá, en un viaje de estudios, donde encontró a la serpiente. Era la más grande que había visto en su carrera.

Con razón, los aborígenes la llamaban el Jichi de la Laguna. La respetaban y le llevaban ofrendas para mantenerla contenta.

Nunca pensé hacerte daño, ¿Cómo iba a hacértelo yo? Un reconocido doctor en Veterinaria, defensor de la naturaleza. Sólo escuché los dos disparos que hiciera mi compañero de expedición. La escopeta Remington, hizo su mortal trabajo, perforando tu cabeza.

La laguna enrojeció y se secó al instante. En el fondo, inmóvil, quedó la sicuri.

El profesor mareado, tambaleante llegó hasta ella. Observó su vientre todavía palpitante.

Tomó el puñal que llevaba en la cintura y con sumo cuidado le abrió el vientre. Nació Iris.

Le fabricó un terrario. Era como si fuese un santuario.

—Papá, mira cómo crece, se asombraba día tras día su único hijo.

—¡Cambiate de traje otra vez! —le hablaba como si fuera su hermana. Ella, por toda respuesta, se enrollaba en el brazo del muchacho, mostrando su nueva piel suave, brillante, resplandeciente. Crecieron juntos.

"Y por último alumnos, no olviden que para manipular a estos animales, después de darles de comer deben lavarse las manos ¡o los pueden confundir con su alimento!"

La calle estaba atestada, Iris entró en su quiboro, el gran canasto trenzado en su pueblo. Haciendo uso de todas sus fuerzas, el joven lo levantó. Ella desde dentro sacó la cabeza y la volvió a guardar. Expuso su cola, mostrando un sombrero con los colores del partido gobernante. Hubo aplausos, vitores y una profusión de monedas.

La pareja regresó a su casa en un barro alejado.

—¿Por qué no terminaste tus estudios en la universidad? —le preguntó ella, mirándole a los ojos.

—No podía quedarme con mi padre en el extranjero. Debía volver con Iris a su lugar de nacimiento. Lo hice sin su consentimiento. Es como un dolor que llevo adentro. Tal vez sea una maldición.

Trae los ratones, los pollitos y los conejos, la niña tiene hambre, dijo sacándola de la cesta. Crack, crack, se escuchó en la penumbra, ¡Otra vez desnudándose, la perezosa! Él comenzó a desnudar a su pareja. Se amaron en el suelo, en la oscuridad. Iris se deslizaba entre los dos y disfrutaba tanto como ellos.

La antigua piel, vieja y rugosa, de la serpiente se había envuelto en los pies de la muchacha. Él agotado dormía, de costado, plácidamente.

Iris lentamente abrió sus fauces y comenzó a tragarse poco a poco a la mujer hipnotizada, comenzando por los pies. Llegó a la cintura. Ella levantó los brazos y se deslizó, perdiéndose en su interior.

La boa envolvió sus anillos pardos, rojos, amarillos y naranjas en el cuerpo del joven dormido y cerró sus ojos lechosos.

Dedicado al heroico pueblo de don Sebastián Pagador

Poopó

Quiero recorrer el lago que funda mi poesía
la vaga región lacustre de Oruro,
hablar con la raza más antigua del mundo
aquellos que dijeron:

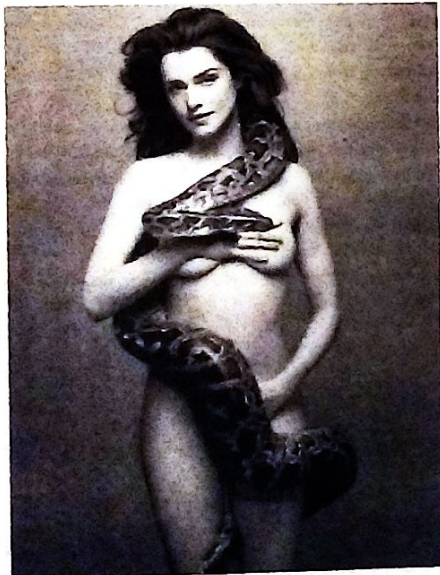
"no somos humanos, somos Urus"
el cordón umbilical que une
el Titicaca y el Poopó.

Recorrer sus aguas,
como recorre el pensamiento la cumbre
blanco techo que abraza el lago
posada del cielo.

En una barca, sobre las aguas
brincaré con los flamencos
borrasca el cielo, su reflejo y mi alma
calme nuestra sed, el agua del dulce lago
y sabremos los hombres la creación.

El Poopó, tinto al atardecer
enciende la poesía sobre la barca
esparcido el sol
en sus aguas se recuesta
y su luz se ahoga en el pielago
en vino reposan los dioses...

Amadeo Castro. Poeta Cochabamba



Iris ¡Ven! Llamaba el encantador de serpientes.

La lengua dividida de la boa entraba en la oreja de la asistente, una y otra vez. Se deslizaba entre las piernas largas, que ella abría a propósito. Cruzaba por la espalda. La rodeaba por la cintura. Ella bailaba. La mecía entre sus brazos.

La gente parecía en trance, hechizada. Nadie se movía. Los ojos de la serpiente adquirieron un color lechoso, al dirigirse hacia la multitud, se agrandaban y se encogían en un movimiento intermitente y ondulante, cada vez.

Ahora está quieta rodeando el cuello pálido de la chica, que la besa en la boca. Sus lenguas se entrecruzan.

—¡Sí señores! ¡Ésta es mi Iris! —se escuchó decir al hombre. Hubo gritos de admiración o de espanto, entre la multitud apretujada. Todos querían observar desde la primera fila.

"El órgano de Jacobson les sirve para procesar y reconocer los olores, funciona de la siguiente manera: la lengua recoge partículas de aire y olores tan sólo con sacarla, estas señales son enviadas al cerebro". El profesor con la mirada

Biyú Suárez Céspedes.
Presidenta de PEN Santa Cruz

A

Adrián Desiderato

Adrián Desiderato, Argentina, 1948. Poeta y periodista. Ha publicado "Treinta poemas escritos en invierno", (Premio El Bardo de la Editorial Lumen, de Barcelona - 1978); "Conejos de opio", 1976; "Gufa del siglo XX para un turista del futuro" (finalista del Premio Casa de las Américas - 1991); "Prosas presas y poemas en fuga" (2001) y "El equipo de José nunca existió" (2003).



El honor

L'honneur, qu'est-ce que l'honneur?

-se preguntaba Gilles Ferrand en los fosos del Marne, con un agujero en el estómago por donde entraban la soledad y el viento. Sin aguja, sin hilo de coser, el agujero comenzó a devorarlo. Ferrand miró a su abuelo encendiendo la pipa junto a la chimenea, sintió el olor del guiso que su madre preparaba cantando, oyó a su padre conversar, a sus hermanos regresar del establo. Desesperado, quiso apoyar su pie en esa memoria, pero cayó y cayó por una herida interminable hacia el fondo de un pozo mojado por su sangre viscosa. Comprendió entonces que ya no tenía cuerpo, sino un gran agujero cada vez más sonoro, más suyo y tan ajeno que, cuando empezó a llover, Gilles Ferrand fue sólo otra gotera en algún techo de París.

El Lusitania se fue a pique, atravesado por un pez espada o un torpedo. Mata Hari, vestida con un verso de Holderlin, les tiró a los soldados que iban a fusilarla la locura de un beso. La descarga alteró la genética y nacieron orugas gigantes, metálicas cuyos ciempiés de cremallera tañían una cabeza giratoria con gargajos de fuego, escualos sanguinarios que sacaban un ojo desde el fondo del mar y se tragaban a los barcos; aves con sus vientres hinchados de huevos macilentos, que los niños ingleses confundieron con globos.

Die ehre, was ist die ehre?

-se preguntaba Reinhard Krankel bajo la noche de Verdún, eso les preguntaba a sus dos piernas tiradas a varios metros de distancia, a su cabeza que lo miraba desde la otra trinchera, a sus manos que caminaban solas como arañas espléndidas. Sus piernas, su cabeza y sus manos que, de pronto, se juntaban para poderlo recordar. Desamparados, débiles, Reinhard y Krankel, al unísono, se preguntaban, preguntaban *Was ist die ehre?* a sus miembros dispersos, y su mano derecha respondía: yo solía escribir,

y nosotras corríamos, sus piernas, en tanto su cabeza rememoraba pensamientos y sueños que abrigaron su infancia Reinhard Krankel, que ya no tenía nada, lo hubiera dado todo por un frasco de goma de pegar o una soga con que atar sus pedazos, con que encolar su cuerpo. Del cadáver de Krankel salió una cucaracha... ¿del cadáver de Krankel o la pluma de Kafka?

Boris Priakov no preguntó qué era el honor. Le faltó tiempo o, simplemente, necesidad de averiguarlo, aunque oyó hablar alguna vez de ese dinero falso que circulaba por Europa. Boris, por lo demás, tuvo mucho trabajo esa mañana de octubre a noviembre cuando el Aurora trajo la aurora desde el mar. había que organizar el porvenir, reforzar guardias, colocar banderas, quitar del cielo las estrellas zaristas para colgar las bolcheviques. En fin, darle una mano a Lenin, otra a Trotsky y confundirse en un abrazo con tantos camaradas.

Honour, what is honour?

-se preguntaba Peter Townley tendido sobre la tierra de Soissons. Alrededor del plomo hendido en su cabeza le habían crecido algas, pensamientos carnívoros y reptaban lagartos por sus venas hediondas. La esquirla le dejó el cuerpo tieso y, a modo de consuelo, vivos los ojos y una mano. En ésta sostenía un recuerdo, con aquéllos miraba su pasado, mientras un rostro lo miraba (¿todas las agonías tendrán tantas miradas?) desde una foto, desde una tarde que se va por el tiempo.

¿El honor, qué es el honor? -se preguntaban diez millones de muertos, veinte millones de mutilados y de heridos. El 11 del mes once a la 11 se firmó el armisticio, en un desvío ferroviario del bosque de Compiègne, en medio de la indiferencia de los pájaros, que, a pesar de la guerra, nunca dejaron de cantar.

Con pelos y señales

Barbas por todas partes, por todas partes barbas, y melenas y pelos y porras que flamean por las pilosas calles de La Habana, como banderas que crecieron sansónicas, abundosas, brillantes, estentóreas y libres al amparo del musgo, en la humedad, las lluvias de la Sierra Maestra, sin que el sol las secase, sin que las afectaran los disparos. Barbas por todas partes, por todas partes barbas, para pegarle un susto de cabellos y pelos sin peinar a Fulgencio Batista, el bien peinado. Barbas por todas partes, por todas partes barbas, dándole AL mar Caribe un nuevo look y dándoles a los cubanos una cabellera sin límites, ensortijada, ancha, brumosa de mechones y rulos estridentes. Ya nunca más ese ridículo corte a la americana. Sólo pelos y barbas.

Fidel con su gran barba, el Che Guevara con su barba a lunares, y los milicianos y las niñas y los bebés con barbas. Barbas por todas partes, por todas partes barbas, inaugurando un tiempo de peluqueros ofendidos.

El guerrillero heroico

Tenga cuidado, Comandante, no vaya ser que el frío, la selva, alguna víbora. Vístase de humedad, cálcese un río, pie como los pájaros, así crearán que no es usted, sino la selva que susurra, que huele, que camina. Tenga cuidado, Comandante, han tendido mil trampas. Que no hagan ruido sus cabellos, que no brille su boina ni la tos lo delate. Mire bien dónde pisa, disimulados bajo el pasto pueden estar el asma, un escorpión, un ránger. Cúfese, Comandante, especialmente de los pasos de octubre.

EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Las representaciones de la ópera

Gabriel Salinas

Segunda parte

Una de las primeras experiencias en la producción operística en nuestro país, en el campo de la composición, es la Ópera en dos actos "Anselmo" del potosino Oscar Vallejo Ruiz que se estrenara en 1978. Aunque no contamos con un registro magnetofónico de la misma, algunos elementos de que sí disponemos nos permiten prefigurarnos el significado histórico de este trabajo, como el hecho de que Vallejo Ruiz sea al mismo tiempo guionista y compositor de la obra. Por otro lado, también es notable que se estrene en los escenarios de Potosí que a pesar de ser una ciudad con una tradición musical importante para el país, no deja de parecer un escenario un poco a contramano de los escenarios de La Paz, donde se había concentrado el único desarrollo importante del género en el país desde el estreno de "Orfeo y Eurídice" en 1972, "Aida" en 1973, "Carmen" en 1974, "Il Trovatore" en 1975, "El murciélago" en 1976, "Rigoletto" en 1977, y por último "Tosca" que se habría estrenado el mismo 1978, a tan sólo dos meses de que en los escenarios potosinos se interpretara una Ópera de autoría enteramente boliviana.

La Ópera Anselmo, entonces es un hecho particular en la historia de la música boliviana, y su trama no lo es en menor medida. Esta obra se articula alrededor de una narración de la vida cotidiana de las comunidades rurales bolivianas, donde una y otra vez la cuestión de la migración se presenta como una duda existencial que define al individuo. La ópera Anselmo se organiza en dos polos, el personaje individual del protagonista, y la comunidad como personaje colectivo que resguarda un sentido de continuidad de las tradiciones y valores de la vida anclada al trabajo agrícola del mundo rural boliviano. Es frente a esta disyuntiva entre la comunidad y el "mundo moderno" entre los cuales se debaten las elecciones de vida del propio Anselmo que en un primer momento se alejara de

la comunidad para migrar a la ciudad, para luego retornar y convertirse en un jefe de la comunidad restableciendo el equilibrio que había dejado su alejamiento, pero como en un ejercicio dialéctico perfectamente alegorizado. Anselmo será un líder gracias a la experiencia alcanzada en la ciudad.

Aunque de algún modo este relato puede confundirse con un gesto del protagonista de rechazo a la ciudad y a lo que ella representa como polo del desarrollo moderno, esto implicaría un corte mecánico que invisibiliza la dinámica de las relaciones entre el campo y la ciudad bolivianos. Justamente un relato como el de Anselmo, es llamativo para una Ópera, por el carácter cotidiano de su contenido, ya que las disyuntivas de la migración rural que se reflejan en la obra, son parte de la experiencia cotidiana de las comunidades, y de modo evidente constituyen la forma más clara para ilustrar el flujo entre los polos de la tradición y la modernidad que sobreviven en nuestro país; de hecho, podría afirmarse que la elección final del protagonista de retornar a la comunidad, envuelve en verdad, un gesto de apropiación, o como dijimos antes, de superación dialéctica, en tanto Anselmo enfrenta lo opuesto (la ciudad) para poder finalmente elegir el retorno, pero no sin antes verse transformado en el proceso.

Del mismo modo que esta interesante primera experiencia de una Ópera compuesta en Bolivia y puesta en escena por fuera de los primeros escenarios típicos del país, Anselmo refleja desde las entrañas de la joven Bolivia la apropiación de la tradición operística en nuestro país, que al igual que su protagonista, muestra que la experiencia del mundo contemporáneo deviene ser parte de él desde el lugar donde uno se encuentra, entonces los lazos entre tradición y modernidad se extienden, y las falsas dicotomías se desvanecen en la activa dinámica de los procesos sociales y culturales, tal como sucede con Anselmo, y tal como sucede con la Ópera en Bolivia.

